

Mona Kasten

A close-up photograph of a man and a woman's faces in profile, facing each other as if about to kiss. The image is split horizontally by a black band containing the word 'SENTIR'. The top half shows the man's face, and the bottom half shows the woman's face. The lighting is soft and intimate.

SENTIR

AGAIN

Ella ha iniciado el juego.
Él decidirá la partida.

3

 Planeta

MONA KASTEN

AGAIN. SENTIR

Traducción de Albert Vitó i Godina

Título original: *Feel Again*

© 2017 by LYX in Bastei Lübbe AG

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21680-3

Depósito legal: B. 21-769-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«¿Qué demonios hago aquí?»

No era la primera vez que me lo preguntaba esa misma noche. De hecho, tampoco era ninguna novedad, siempre me pasaba lo mismo: a pesar de estar rodeada de gente en un lugar animado, me sentía completamente sola. No era una sensación nueva para mí, ni mucho menos. Más bien se trataba de mi estado natural. Sin embargo, en ese local lleno de parejitas enamoradas, mi propia normalidad me pareció especialmente insoportable.

Dicho de otro modo: tuve que controlarme para no acabar vomitando encima de la mesa.

El hecho de que tiempo atrás me hubiera liado con dos de los tíos que formaban parte de nuestro grupo no mejoraba precisamente las cosas. Sobre todo si tenemos en cuenta que las dos historias habían terminado de un modo humillante para mí: Ethan me había dejado sin el más mínimo tapujo por Monica, «el amor de su vida», y Kaden no había vuelto a mirarme desde el instante en que Allie cruzó la puerta de su piso por primera vez. Y de eso hacía ya un año.

Era como si hubiera algo en mí que animara a los tíos a dejarme a la primera de cambio para buscar una pareja estable. En cualquier caso, me traía sin cuidado. Tampoco estaba interesada en una relación seria.

Aparté la mirada de las parejitas acarameladas y me fijé en la pista de baile, donde descubrí a la pelirroja pequeña que explicaba mi presencia allí: Dawn. Habíamos salido para celebrar que una editorial había aceptado publicar uno de sus libros. A esas alturas, ya no era sólo mi compañera de habitación, sino que se había convertido también en una amiga, la única que tenía, en realidad. Porque, a pesar de mi tendencia a demostrar poco lo que sentía, lo cierto era que la amistad de Dawn era realmente importante para mí.

Oí un besuqueo húmedo a mi derecha y tuve que esforzarme para no volverme con cara de asco. Por muy bien que me cayera mi compañera de habitación, ver y oír cómo Kaden y Allie se pegaban el lote delante de todo el mundo me pareció demasiado. Necesitaba con urgencia otra copa para sobrevivir a aquella velada.

—Voy a la barra. ¿Quieres tomar algo más? —le pregunté al chico que tenía sentado a mi lado. Por desgracia, había olvidado su nombre, y eso que Dawn debía de habérmelo presentado ya un centenar de veces. Empezaba por la letra «I», eso sí. Ian, Idris, Illias... Siempre me había costado mucho recordar los nombres de la gente.

Por si eso fuera poco, acostumbraba a rebautizar a la gente nada más conocerla. El apodo de ese chico era *el Friqui*. El pobre parecía un pulpo en un garaje. Por un lado, porque llevaba una camisa vaquera con pajarita. En serio, es que llevaba pajarita: blanca y con lunares azules. Me la quedé observando por enésima vez esa noche antes de dejar que mi mirada vagara por el resto de su cuerpo para evaluar su aspecto general. Tenía el pelo rizado, de un color indefinido entre el castaño claro y el rubio oscuro, y lo llevaba siempre repeinado con gomina o alguna clase de fijador para evitar que los mechones le cayeran sobre la frente. Para rematar ese aspecto tan emperifollado, lle-

vaba unas gafas semirredondas con la montura de pasta marrón.

Me pareció demasiado pulcro para encajar en el Hillhouse. Tuve que reprimir las ganas que me entraron de revolverle un poco el pelo.

El empollón respondió a mi mirada crítica. Sus ojos también eran de un color indeterminado, en este caso, entre el pardo y el verde, mientras que las pestañas que los bordeaban eran oscuras.

—¿Y bien? —insistí.

—¿Qué? —preguntó, y se sonrojó ligeramente.

«Qué monada.»

—Que si te apetece algo para beber —repetí articulando despacio las palabras.

El chico tragó saliva. Casi parecía que me tuviera miedo. Aunque lo cierto es que no me extrañó. Hasta el último detalle de mi aspecto podía interpretarse como una señal de peligro: desde el *eyeliner* negro aplicado con demasiada generosidad, pasando por los recortes en forma de enorme calavera de mi camiseta, hasta las botas, aptas para derribar puertas blindadas. No podía reprocharle en absoluto que intentara mantener una distancia prudencial conmigo.

Sin embargo, él y yo éramos los únicos que no teníamos la lengua metida en la boca de otra persona, por lo que no nos quedaba más remedio que llevarnos bien. Al menos, esa noche.

—Gracias, todavía me queda algo —respondió con cierto retraso mientras levantaba una copa decorada con una sombrillita de cóctel de color rojo.

—¿Estás seguro de que eso es tuyo?

Su mirada recayó en la copa que tenía en la mano y de inmediato reaccionó con un sobresalto. Las mejillas se le sonrojaron todavía más, de manera que casi alcanzaron el tono de rojo de la sombrilla.

—Mierda.

Me puse de pie y asentí en dirección a la barra.

—¿Vienes? ¿O prefieres quedarte a mirar cómo se lo montan éstos? Y que conste que no tengo ningún problema con los mirones, pero el alcohol todavía no me ha subido lo suficiente y hoy lo necesito más que nunca.

—Ja, ja, qué risa, Sawyer —intervino Monica, aunque una mirada bastó para que cerrara el pico de inmediato.

Si algo era capaz de dominar a voluntad era esa mirada asesina con la que tanto me gustaba obsequiar a los que disfrutaban hablando de mí a mis espaldas. O a las pocas chicas que me habían quitado a un tío mínimamente interesante.

Realmente necesitaba con urgencia tomarme una copa. O tres. Por suerte, el Friqui también se levantó. Le cogí la mano sin dignarme siquiera mirar de nuevo a Monica ni a ninguno de los demás. Tenía los dedos muy fríos, pero no quería correr el riesgo de perderlo de vista por la pista de baile, porque estaba segura de que le daría miedo abrirse paso a codazos.

Cuando por fin llegamos a la barra, le dediqué una sonrisa a Chase, el camarero del Hillhouse. La última vez que nos habíamos visto habíamos acabado desnudos en su piso.

—Cuánto tiempo sin verte, nena —me saludó dedicándome una sonrisa de medio lado—. ¿Qué será? —preguntó apoyando las manos a ambos lados de mis brazos e inclinándose hacia mí.

Era justo mi tipo: aura sombría, tatuajes, pelo oscuro y revuelto y rostro anguloso bordeado por una barba de tres días. Todavía recordaba a la perfección las cosquillas que me había hecho esa barba en la cara interna de los muslos. Era una verdadera lástima que al final hubiera encontrado novia.

—A mí me apetece un bourbon. Y para mi amigo... —empecé a decir mirando al Friqui.

—Una cerveza —se apresuró a responder sin mirarnos a los ojos ni a Chase ni a mí. El rubor ya se le había extendido más allá de las mejillas, hacia el cuello de la camisa.

—Una cerveza —repetí.

Durante unos instantes, Chase se dedicó a mirarnos alternativamente, primero a mí, luego a él y vuelta a empezar. Enarcó una ceja y me pareció que estaba a punto de decir algo, pero al final se limitó a asentir. Poco después nos dejó las bebidas sobre la barra y nos informó de que corrían a cuenta de la casa.

—Guay. Gracias.

Cogí mi vaso y le dediqué una mirada compungida al Friqui.

—Soy muy mala con los nombres —avisé—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Por primera vez en toda la noche, pude ver el atisbo de una sonrisa en sus labios.

—Grant. Isaac Grant.

¿Pues no va el tío y se me presenta con apellido y todo? Como si aquello fuera una entrevista de trabajo. O como si fuera James Bond.

—Dixon. Sawyer Dixon —contraataqué levantando mi vaso—. Por esta noche, a ver si al final lo pasamos bien y todo, Grant, Isaac Grant.

Negando con la cabeza, brindó conmigo y tomó un sorbo.

—Bueno, Grant, Isaac Grant, ¿qué haces tú aquí? —pregunté apoyándome de espaldas a la barra para poder ver bien la pista de baile. Desde donde estábamos apenas podía distinguir a nuestro grupo, pero de vez en cuando divisaba destellos del pelo rojizo de Dawn bajo las luces de colores.

—Lo mismo que tú, supongo.

Tomé un sorbo de bourbon.

—¿Eres muy amigo de Dawn?

Se limitó a levantar un hombro, como si no supiera exactamente qué tenía que responder.

—En cualquier caso, no eres muy amigo de las conversaciones banales, ¿verdad? —pregunté.

Una vez más, el atisbo de una sonrisa. Qué lástima. Podría haber sido un tío muy atractivo de no haber llevado un palo metido en el culo.

—Y tú eres muy directa —replicó en voz tan baja que casi se la tragó la música que retumbaba en la sala.

—Puede ser una maldición o una bendición. Todo depende de cómo lo mires, Grant, Isaac Grant.

—¿Piensas llamarme así cada vez? —preguntó tras soltar un sonoro suspiro.

Me volví hacia él apoyándome de lado sobre la barra.

—¿Qué esperabas, si te presentas a la gente de ese modo? De hecho, ha sido una decepción que no me dijeras cuál es tu segundo nombre, también.

En sus ojos apareció un brillo de diversión. En la penumbra del bar todavía costaba más distinguir cuál era el color exacto de sus ojos. Me incliné un poco más hacia delante y constaté que su aroma corporal estaba a la altura de su aspecto: impecable, limpio y pulcro. No me cupo la menor duda de que usaba un *aftershave* de los caros. Y me sorprendió lo mucho que me gustó.

—¿Me lo dirás? —susurré.

Abrió más los ojos. Me lo estaba pasando en grande, desconcertándolo de ese modo.

—Sólo si me prometes que no te reirás —repuso.

Levanté dos dedos cruzados.

—Jamás.

Isaac respiró hondo.

—Theodore —dijo.

Asentí en señal de reconocimiento.

—Isaac Theodore Grant. Me gusta. Suena distinguido.

—¿Tú crees? —preguntó enarcando una ceja.

Asentí y tomé otro sorbo de mi whisky.

Isaac exhaló una carcajada.

—Seguro que cuando se lo cuente a mi abuelo se alegrará un montón —comentó—. Me lo pusieron en su honor.

Me gustó comprobar que se estaba relajando un poco. Nos habíamos conocido después de que Dawn hubiera sufrido un desmayo tras una presentación oral en clase... Bueno, y porque se había tomado unos tranquilizantes que le había dado yo. En esa situación, había tenido la impresión de que Isaac había estado a punto de vomitar de los nervios.

—¿Tú no tienes ningún segundo nombre? —preguntó al cabo de un rato.

Me sobresalté al oír la pregunta, y de un modo instintivo envolví entre mis dedos el medallón que llevaba colgado bajo el cuello de la camiseta, en contacto con la piel. Lo presioné contra la palma de mi mano y tardé unos instantes en procesar aquella pregunta aparentemente tan banal.

—¡Isaac Theodore! —exclamé con cierto retraso y una amplia sonrisa en los labios—. Me parece increíble que te atrevas a preguntarle algo semejante a una chica a la que acabas de conocer. Lo siento, pero deberás tener paciencia si quieres saberlo.

La mirada de Isaac se desvió hacia la mano que yo mantenía todavía sobre el pecho. Arrugó la frente.

—Si te he secuestrado de este modo es por un buen motivo —me apresuré a aclarar para cambiar de tema.

—¿A saber? —repuso.

¿Quién demonios soltaría una frase como ésa con una botella de cerveza entre las manos?

—Somos los únicos de esta fiesta que no tenemos el cerebro enturbiado por el amor. Lo que significa que debemos ser fuertes y mantenernos firmes, Isaac Theodore. Pase lo que pase.

—De acuerdo —respondió y, cuando sonrió, alrededor de sus ojos aparecieron unas arrugas de expresión diminutas.

Tendí mi vaso hacia él de nuevo y, cuando brindó con la botella, tuve la esperanza de que la noche no acabara siendo tan desastrosa como había esperado.

Una hora y media y tres copas más tarde, Isaac y yo todavía no habíamos avanzado mucho con la conversación banal de cortesía. Más que nada, porque una característica que teníamos en común era que a los dos nos encantaba observar a la gente, sobre todo mientras llevaban a cabo esos curiosos rituales de apareamiento en la pista de baile.

—Yo no podría moverme de ese modo en la vida —murmuró ladeando la cabeza. Seguí la dirección de su mirada y descubrí a un tipo meneando las caderas de un modo bastante extremado.

—Yo podría enseñarte.

Se me quedó mirando con las cejas arqueadas.

—¿No me has dicho antes que tú no bailabas?

—No bailo esta música de mierda. Pero sé bailar. Y si quieres te enseño cuál es el secreto —le aseguré con una sonrisa.

Las mejillas se le sonrojaron una vez más. A esas alturas ya había contado cinco ocasiones en las que había conseguido que se pusiera colorado. Me había propuesto llegar a las diez a cualquier precio.

—Tengo la sensación —empezó a decir, asintiendo en dirección a la gente de la pista de baile— de que no todos bailan por diversión, sino porque en realidad...

Se quedó callado de repente y apretó los labios con fuerza.

—¿Porque quieren tirarse a alguien? —intenté ayudarlo—. Estoy de acuerdo, el Hillhouse no es más que un punto de encuentro para estudiantes cachondos. Quien no encuentre rollo aquí, no tiene nada que hacer.

Él ya se había llevado la botella a los labios y al oír mis palabras se atragantó de forma tan súbita e intensa que la cerveza le salió por la nariz, por lo que tuve que apresurarme a tenderle servilletas para mitigar el desastre.

Me pareció tan divertido que no pude evitar reírme en voz alta, lo que llamó la atención de dos chicas que estaban sentadas junto a nosotros en la barra, que se nos quedaron mirando. Cuando les devolví la mirada corregida, aumentada y con una ceja enarcada, bajaron la cabeza de nuevo y empezaron a cuchichear. Poco después se echaron a reír de forma muy discreta.

Puse los ojos en blanco y me volví hacia Isaac, que no apartaba la vista de su botella de cerveza con cierta resignación.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

Él desvió la mirada antes de responder.

—Nada.

—¿Es por esas de ahí? No te preocupes. Estoy acostumbrada —aclaré enseguida. Lo último que quería era despertar compasión en los demás, y mucho menos en alguien como Isaac.

Se me quedó mirando sorprendido, luego miró a las chicas y se fijó de nuevo en mí antes de que una expresión de comprensión apareciera en su rostro.

—No se ríen de ti, Sawyer.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

Terminó de beberse la cerveza y dejó la botella vacía sobre la barra de madera oscura, en la que mantuvo los ojos clavados unos instantes.

—Coincido en un seminario con ellas. Digamos que son..., bueno, no es que sean muy simpáticas.

—¿Qué quieres decir con «no muy simpáticas»? —insistí. De pronto, no me gustó nada verlo tan avergonzado.

—No tiene ni pies ni cabeza —murmuró en tono evasivo—. Olvidalo, no le des más vueltas.

—Cuéntame de una vez a qué te refieres con «no muy simpáticas», Isaac Theodore —le ordené, esta vez con más énfasis.

—De acuerdo, de acuerdo —exclamó levantando las manos en señal de rendición al tiempo que echaba un último vistazo fugaz a las dos chicas—. No es nada del otro mundo. Desde que empezó el nuevo semestre, hace tres semanas, digamos que la han tomado conmigo.

—¿Qué significa eso?

Se puso colorado, pero esta vez no pude alegrarme de ello.

—Bueno, que se ríen de mi manera de vestir... y cosas así.

—Cosas. Así —repetí despacio.

Isaac se frotó la nuca avergonzado.

—Se burlan de mí diciendo que... que todavía soy virgen.

—¿Y lo eres? —pregunté.

Él me miró fijamente a los ojos y negó con la cabeza.

—Pues díselo.

—No servirá de nada. Creen lo que quieren creer. La semana pasada las oí haciendo apuestas sobre quién...

—¿Quién...?

Se aclaró la garganta.

—Quién sería la primera que...

—¿Quién se te tirará primero? —pregunté irritada.

Asintió levemente.

—¿Cómo lo sabes?

—Se sientan justo detrás de mí. Lo difícil sería no oírlas.

La rabia empezó a arder dentro de mí y necesité que transcurrieran unos momentos antes de recuperar el habla.

—Hacía tiempo que no oía nada de tan mal gusto, y eso que me harto de oír comentarios de mal gusto, te lo aseguro. Aunque tuvieran razón y acertaran, ese tipo de cosas no son asunto suyo. ¿Cómo se les ocurre ir soltando esa clase de mierdas como si nada?

Los labios de Isaac se abrieron ligeramente y, por la manera en que me miró, pareció como si no me hubiera visto realmente hasta ese instante.

—¿Les has dicho lo asquerosas y repugnantes que te parecen para que paren de una vez? —pregunté.

—Me da igual lo que piensen —respondió negando con la cabeza.

—Pues a mí no —exclamé dirigiéndoles una de mis miradas asesinas. Por desgracia, no tuvo el efecto deseado. Más bien todo lo contrario, porque empezaron a reírse como locas.

Enderecé la espalda y me aparté de la barra para acercarme a ellas, cuando Isaac me agarró por el codo y me obligó a retroceder. Era bastante más alto que yo, y tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—De verdad, no importa. Es más, me trae sin cuidado.

Me dedicó una sonrisa para aplacar los ánimos y de repente noté una sensación extraña en el estómago.

—Pues a mí no —objeté.

Isaacladeó la cabeza y me miró con insistencia.

—¿Por qué?

Desvié los ojos de Isaac y miré hacia atrás, fijándome de nuevo en las chicas que seguían riéndose a costa de él.

«Al diablo con ellas», pensé.

Muy despacio, me volví hacia Isaac y le puse una mano pla-

na sobre el pecho. Noté cómo de inmediato se quedaba sin aliento.

—Pues porque yo creo que estás muy bien, Grant, Isaac Theodore Grant.

Y, dicho esto, me puse de puntillas y lo besé.